

ARRACADA DE VILAR DE SANTOS

Interesante muestra de orfebrería, en la que se detectan los diferentes aportes culturales que definen y caracterizan esta importante manifestación de la cultura castreña.

A lo largo de la historia, el oro fue utilizado tanto para la elaboración de adornos personales como en objetos rituales y de prestigio, y el hombre no dejó de identificarlo con el acceso al poder económico, social, político e incluso religioso. Las joyas fueron consideradas por los antiguos como artículos de lujo, necesarios para el adorno personal, además de ser sinónimo de riqueza y autoridad de sus portadores.

A pesar de que en la Península Ibérica las primeras manifestaciones de una tecnología del oro se documentan en el área meridional en el Neolítico Final, en el NO. esta actividad no es posible constatarla hasta finales del III milenio, en pleno apogeo de la cultura del campaniforme, con la elaboración de adornos personales en láminas muy sencillas. Estas van evolucionando, enriqueciéndose con nuevos elementos decorativos, como la generalización de la decoración punteada, levantada y gallones, al tiempo que se van introduciendo otras nuevas formas. Un cambio profundo se va a producir en una segunda etapa, que a grandes rasgos se puede identificar como Bronce Medio, en el que influencias procedentes de la Europa Atlántica y de Centro Europa definen las características tecnológicas y morfológicas que van a marcar la orfebrería del Bronce Final, que a su vez influirá decisivamente en la producción del mundo castreño, ámbito cronológico-cultural en el que se incluye la pieza de la que hoy nos ocupamos.

La arracada de Vilar de Santos está conformada a partir de una lámina de oro recortada, en la que se pueden diferenciar dos partes: una proximal, en forma de creciente abierto al interior, en el que se recorta una traviesa en forma de T repujada con dos prótomos de aves acuáticas, y otra distal en forma de triángulo invertido decorado con gránulos. Completan la decoración cinco cápsulas distribuidas estratégicamente, dos en la parte superior del triángulo y las tres restantes en los vértices del apéndice triangular, presentando la del inferior la curiosa figura de un patito en bulto redondo, realizado por la unión de dos láminas. Dos argollas en la parte

superior denotan la existencia de un sistema de suspensión supraauricular, que se completaría con uno de pinza de los extremos del creciente sobre el lóbulo del pabellón auricular. Este tipo de arracada se incluye en el Morfotipo II de Bieito Pérez Outeiriño, caracterizado por presentar un cuerpo “penalunar” y colgante triangular plano.

En esta interesante pieza convergen la gran mayoría de las características que definen la producción de la orfebrería en el Noroeste hispánico durante la pre y protohistoria, con influencias europeas hallstáticas, sobre todo en lo que respecta a aspectos técnicos, destacando la técnica de la filigrana y granulado mediterráneas que se dejan sentir en los tipos y modelos decorativos, y otras asumidas como endógenas de clara tradición atlántica con un repertorio formal rico y variado, con técnicas propias como puede ser la del repujado.

El motivo decorativo más característico de esta arracada está representado por los ornitomorfos, vulgarmente conocidos como patitos, aves acuáticas de especie indeterminada que habitualmente decoran cerámicas de la Edad del Hierro. Aquí aparecen, como ya vimos, tanto en bulto redondo en el interior de una campánula, como en forma de prótomos en la traviesa en forma de T. Este motivo está ampliamente extendido en el hallstat tanto en el Mediterráneo como en Europa Central, y según Pérez Outeiriño aparece en el NO. en una etapa anterior a la verdadera formación de la Cultura Castreña.

Las campánulas, cónicas o hemisféricas, motivo singular en la decoración de tipo geométrico de las arracadas castreñas, también están presentes, en número de cinco, en la arracada de Vilar de Santos. El motivo, vinculado en época castreña a arracadas de la zona del Limia (Afofe, Estela y Laudos, además de Vilar de Santos), está muy extendido por el mediterráneo al menos desde el siglo VIII a. C., como se puede constatar en las dos que decoran el brazalete de Sintra.

No dejan de aparecer en esta arracada otros motivos peculiares de la orfebrería castreña, como los triángulos rellenos de gránulos, que recuerdan la decoración de las cerámicas, las espirales de clara influencia Mediterránea, los sogeados, etc.

La arracada está realizada en oro procedente de río a juzgar por las impurezas que presenta, sobre todo de estaño. Hasta la romanización, el oro

que se conseguía en el NO., procedía siempre de explotaciones de yacimientos secundarios, de las actuales terrazas de los ríos, por medio de la técnica de bateo, que consistía en el lavado a mano de las arenas que arrastra el río para recuperar las pepitas de oro. La documentación que se posee de este tipo de explotación en época prerromana, procede sólo de las fuentes literarias romanas, puesto que este tipo de trabajo no deja restos que puedan ser estudiados por la arqueología.

Plinio en su *Naturalis Historia*, al referirse a la riqueza de metales preciosos de la Gallaecia dice: “está llena de yacimientos de oro, plata, hierro y plomo negro y blanco”. Del oro dice Estrabón: “El oro no se extrae sólo de las minas, sino también por lavado. Los ríos y torrentes arrastran arenas auríferas.... en la actualidad son más numerosos los lavaderos de oro que las minas.....dicen que se arrastran entre los placeres, a veces pepitas de una libra... que se purifica con poco trabajo...”.

La pieza fue descubierta de forma casual en 1924 a dos metros de profundidad con motivo de hacer un canal de desagüe en el lugar de Albariño, parroquia y municipio de Vilar de Santos por D. Benito Saburido. A pesar del interés mostrado por los miembros de la *Comisión Provincial de Monumentos de Orense* por comprarla para que formara parte de las colecciones del Museo, por aquel entonces instalado en el Centro Provincial de Instrucción, no fue posible, pasando a ser propiedad de D. Marcelino Feiria, cura párroco de Vilar de Santos, quien en 1979 la vendería al Museo Arqueológico Provincial de Ourense.

La descontextualización aparente del hallazgo, en una comarca en la que se conocen importantes yacimientos de época romana y prerromana, surcada por la vía XVIII del Itinerario de Antonino, debe de responder al tan conocido proceso de ocultación, en una época de inseguridad. Sabido es que ante la llegada de los romanos a la Península, la población autóctona reaccionó de diferente forma ante el saqueo de que eran objeto. Unos entregaron sus joyas por temor, otros resistieron, y finalmente un tercer grupo, entre los que se encuentran los propietarios de la arracada de Vilar Santos, la escondieron, esperando tiempos más tranquilos para volver a recuperarla.